

Algunas veces, desde lo alto, apoyado en la barandilla de un mirador cualquiera, me he detenido a observar el incesante trajín de los carros.

Los carros —estos carros crujientes de la Mancha— tienen un empaque especial desde la altura.

En vendimia, la Mancha vive su gran feria, y los andarines carruajes se nutren, como nunca, de una carga preciosa, maravillosa: la carga de la vida, de los anhelos e ilusiones de toda una tierra llana y seca, mística y elocuente.

He visto, como jamás lo hiciera, ese lento, pero inacabado ir y venir de los carros de la Mancha. Y por las arterias de la geografía local, los añejos vehículos de madera y hierro transitaban, perezosamente, llevando en sus lomos preciadas cargas de vides. ¡Es la vendimia, amigos! Y la vendimia es la estación más elocuente del año manchego. Es la vendimia con sus frutos dorados y negros. Es la vendimia con sus soles tibios, sus grises neblinas. Es la vendimia con su lluvia, unas veces débil y otras bulliciosa. Es la vendimia con sus hombres bastos, fuertes y honrados. Es la vendimia con sus mujeres laboriosas, sanas y alegres. Es la vendimia con sus carros crujientes y sus mulas blancas y negras, pardas y tordas. Es la vendimia con su bullicio lento... La vendimia y la sinfonía de las ruedas de hierro... El cantar del mozo y el prolongado trepidar de los motores... Es la vendimia con sus cantarinas voces cuando de la aldea se viene.

¡La vendimia! Carros pesados, machacones y oscilantes. ¡La uva! Máquinas que no cesan de palpar rudamente. ¡El mosto! Panzudas tinajas que musitan cosas imprecisas. Es delirio de su fiebre...

Pero la madera y el hierro siguen su marcha... Yo les he visto. Iban como rezagados regueros de hormigas. Se veían pequeños, muy pequeños. Y su música, siempre la misma, me recordó una melodía: la melodía de la Mancha, con su viento suave, cadencioso y perfumado...

Los carros de mi tierra son como los perros fieles. Y si los carros sintieran, jubilosos darían letra a la sinfonía de sus crujidos. Porque los carros de la Mancha son los heraldos del llano.

El trigo amarillo —émulo del sol— los viste en el agosto de emperadores. La vid, reventona y dorada, les ciñe una corona. Por eso, cuando los carros pasan portando en sus entra-

Los carros

ñas el oro, apenas verde, de las cepas, las hojas de los árboles alfombran su camino.

Son los carros de la Mancha graves y austeros, como la tierra misma.

Los he visto desde la altura. Un tanto temblones en su caminar, pero seguros y dóciles. ¡Y todos entonaban la misma extraña melodía!... De'ante, el brioso tiro con su repiqueo de campanillas... Las carros iban manchados de tierra mojada...

Recuerdo una vez cuando era niño. Jugaba en un corral muy grande, lleno de hierbas... Fue un atardecer.

En aquel corral muy grande había un carro;